



Vivir un Mundial desde fuera

Cuando el mundo parece vibrar al ritmo de un Mundial de Fútbol, quedar al margen invita a una reflexión más profunda sobre la relación que tenemos con el deporte. Cuando un país clasifica, solemos sentir que ganamos algo; cuando queda fuera, pareciera que perdemos una parte de esa ilusión colectiva. Sin embargo, el verdadero valor del deporte no radica únicamente en estar presentes en una competencia, sino en aquello que despierta en nosotros.

El deporte tiene la capacidad de reunir generaciones, construir recuerdos familiares, generar conversaciones entre amigos y recordarnos que pertenecemos a algo más grande que nosotros mismos.

Esa es quizás una de sus mayores fortalezas: conectar personas. Por eso, incluso cuando nuestra selección no está en la cancha, seguimos teniendo la posibilidad de encontrarnos a través del juego, admirar historias de esfuerzo, resiliencia y superación, y emocionarnos con quienes persiguen un sueño.

Desde esta perspectiva, la ausencia también puede transformarse en aprendizaje. Nos obliga a mirar más allá del resultado inmediato y preguntarnos qué estamos construyendo como cultura deportiva. Porque el desarrollo deportivo de un país no se mide solo por las clasificaciones o las copas obtenidas, sino también por la

capacidad de valorar el deporte como un camino de formación, bienestar y cohesión social.

Quizás el desafío sea justamente ese: pasar de ser espectadores de un resultado a ser protagonistas de una cultura deportiva que valore el proceso, el esfuerzo y el crecimiento. Porque cuando entendemos el deporte en toda su dimensión humana, un Mundial deja de ser solamente una competencia y vuelve a convertirse en lo que siempre debió ser: una celebración de lo mejor que las personas pueden llegar a construir juntas.

Dra. Paula Ortiz
directora, académica
Instituto del Deporte y Bienestar
U. Andrés Bello